

## Oficio de neveros

Por: EL\_Aguador

Llega el verano a la sierra. Días que se alargan, perezosos, aromas de flores de piorno en el aire. Desperdigados, como pequeñas tachuelas blancas, bajo la intensa luz del sol de la montaña de Guadarrama, enmarcados por un cielo de profundo azul, brillan los últimos neveros. Dentro de poco, sólo quedará su recuerdo en las cumbres y la roca granítica, pelada, sin ropajes, será abrasada por el duro sol del estío.

Día despejado, sin nubes. La carretera me guía hacia el puerto de la Morcuera. Enfilo un largo tramo recto a la salida de Colmenar Viejo, que apunta al norte, directamente hacia la Najarra, el último dos mil de Cuerda Larga. En un suspiro pasaré Soto del Real, cuyo nombre, en el apogeo del comercio de la nieve, en el siglo XVII, era Chozas de la Sierra, topónimo que, por anticuado, me resulta tierno y evocador, remembranza de tiempos lejanos.

*Madrid, verano de 1640. El teatro es la gran pasión de los madrileños, donde nobles y plebeyos, hombres y mujeres, en espacios convenientemente delimitados, eso sí, pueden encontrarse. Son seis las corralas que están abiertas y casi todas cuentan ya con más de medio siglo de actuaciones a sus espaldas. Hoy la compañía repone la comedia "Celos con celos se curan", de Tirso de Molina, una buena distracción para relajar el cargado ambiente político del momento, así que los comediantes, agitados mientras esperan impacientes tras las cortinas, confían tener el éxito asegurado y que los espectadores del patio no les silben ni les tiren fruta o cosas similares. La función debería empezar a eso de las tres de la tarde, pero el público, ya se sabe, es siempre bullicioso, así que lo dejarán para las cuatro. El espacio que delimitan las viviendas, el escenario y los graderíos resulta pequeño y algo asfixiante con tanto gentío congregado. El aire, denso, circula con dificultad. Acaban de poner el toldo para que haga sombra y el sol no dé directo en el escenario, aun así, el calor es notorio. Pero que el público se refresque, esté a gusto y disfrute de la función es misión de los alojeros. El puesto del alojero se ubica cerca del escenario y de la cazuela, el palco de las mujeres, desde donde con sus abanicos envían mensajes cifrados, quizá a algún noble oculto tras las celosías. En el puesto se vende agua, fruta, barquillos, churros y, sobre todo, aloja, la bebida más popular de este sofocante Madrid, a pesar de que Lope de Vega la calificara sólo de "pasable". El brebaje es elaborado con miel,*

*canela, especias, un poco de vino aguado al gusto y, he aquí el quiz de la cuestión, dado que ha de beberse muy frío, se necesita nieve para enfriarlo. Hasta el año pasado podían añadir directamente la nieve en la bebida, pero por práctica poco higiénica, las autoridades lo han prohibido definitivamente. Así que el gremio de alojeros, que acaba de constituirse este mismo año, está que trina. Ahora se ven obligados a enfriar por fuera las damajuanas con la aloja, a cubrir todo su tenderete con gruesas mantas para que no traspase el calor y a gastar más nieve, lo que les supone un gasto extra. Para colmo, la clientela se les queja de que los precios son abusivos, aunque en su opinión la están vendiendo demasiado barata.*

A esta hora de la mañana, hay pocos coches en el aparcamiento del puerto de la Morcuera. Una pequeña explanada de tierra unos pocos metros más abajo marca el paso del PR-12, un pequeño sendero de Madrid bastante bien conservado que continúa hasta el valle del Lozoya. Este camino constituyó la principal ruta que, siglos atrás, siguieron los arrieros para portar la nieve que se acumulaba en el puerto en los días del invierno, hasta Chozas, 10 km sendero abajo. Cuesta fijarse, pero a poca distancia, un ordenado resalte de piedras configura la línea de lo que debió ser el ventisquero de la Morcuera. Un ventisquero es un lugar natural, muy particular, una hondonada, un refugio protegido, donde el viento tiende a acumular la nieve en las nevadas. Los comerciantes de la nieve -los neveros- conocían bien estos lugares y ayudaban a la naturaleza a conservar la nieve construyendo muretes de retención, aunque siglos después todo se vuelve difícilmente reconocible. En el Siglo de Oro no existían los frigoríficos ni las máquinas expendedoras de refrescos. A cambio, disponían del comercio de la nieve, fría por naturaleza, que en Guadarrama caía en abundancia durante los inviernos y donde, en verano, era el último lugar en desaparecer. La capital -y, por supuesto, la corte- demandaban esa reserva fría, un bien escaso y valioso en verano, ya fuera para beber, para conservar alimentos o incluso como medicina, y pagaban por el servicio.

El ventisquero de la Morcuera no está demasiado alto, escasos 1.750 metros. Y la nieve es fugaz cuando el calor aprieta. Si se agota, solo queda subir más, a los ventisqueros del Algodón y el del Ratón. Me encamino hacia Cuerda Larga. Al poco, la pista se vuelve estrecha y pedregosa, dejando a la izquierda la cumbre de la Najarra. A unos 3 km, a mano derecha, asoma el ventisquero del Algodón. Es una hondonada larga y estrecha, a eso de los 2.000 metros de altitud, reconocible por la

falta de vegetación, cobijo de nieves hasta bien entrado el verano, aunque este año ya no queda casi nada. No me detengo y continúo camino por el collado de Pedro de los Lobos, peculiar denominación para acaso algún viejo cazador de lobos. A los riscos de Bailanderos (¿acaso leyendas de bandoleros que escondían por aquí tesoros robados?) asoma una cabra montesa de ojos rasgados y vidriosos, que parece mirarme con burlona suficiencia. Me dice que ya no quedan lobos en la sierra, yo le replico con pena que tampoco ni nieves ni arrieros. Antes de la mítica cumbre de Asómate de Hoyos, alcanzo, al fin, el nevero del Ratón, mucho más grande y bien acondicionado, en un terreno en cuesta sobre los 2.100 metros de altitud. Aún conserva una buena extensión de murete y algo de nieve arracimada cerca de su pared, helado rescoldo de una industria perdida ¡Hay tantas piedras que se han desplomado! Las veo con tristeza, aquí, allá, desperdigadas, cubiertas de musgo. Intento imaginar cómo pudo ser, cuando los neveros limpiaban y cuidaban el lugar, en febril actividad, manteniendo a raya al piorno y las malezas que lentamente lo van devorando, cuando el frío en la sierra era más intenso y...

*Eran apenas las tres de la tarde cuando el arriero y varios jornaleros partieron de Chozas con su recua de mulos y perros. Nadie olvidó portar su garrota, lo más recia posible, por si fuera menester para defenderse del lobo. Ascendieron el abrupto camino que atraviesa Hoya de San Blas y Hoyo Cerrado, hasta llegar al ventisquero del Ratón que, a estas alturas del verano, constituía su única opción. Lo alcanzaron a la caída del sol. Sin tiempo que perder, comenzaron a descargar aperos y arreos. Necesitaron horas para recoger la nieve, bien tapada bajo una gruesa capa de matojos de piorno seco que habían ido preparando en los meses previos. Con presteza, la fueron cargando en los serones a lomos de los mulos. En mitad de la noche, el aullido del lobo resonaba, pero eran hombres bien curtidos en el oficio y, por ende, ese año había pocas alimañas y parecían tener comida suficiente. Temían más al frío. Algunos tenían los dedos de manos y pies congelados y llagados; a otros, el dolor de espalda se les antojaba insoportable por momentos. Aquella actividad tan ingrata les servía, al menos, para mantener a sus familias. Cubrieron la nieve de los serones con paja seca y la comprimieron a conciencia, pues les interesaba que se hiciera hielo y llegara intacta a destino la mayor cantidad posible. En cuanto los hubieron cargado, aún de noche, partieron hacia Chozas, a la luz de la luna menguante, por el mismo camino de pedregosas e imposibles bajadas en esta oscuridad, con animales entorpecidos por el peso de los serones y su propio cansancio, agotamiento y falta de sueño.*

*Llegaron antes del alba a uno de los varios pozos de la nieve que están a la entrada de Chozas, donde descargaron su preciada mercancía. Aquí, el trajín es notorio. Los peones han estado cortando con las piochas el hielo almacenado en el pozo, cargándolo sobre pesadas carretas para su transporte a Madrid y esta mañana no dan abasto. Y son tres días de travesía hasta llegar a la capital, a la Puerta de los Pozos, la entrada única desde tiempos de Felipe III, que gestiona la Casa Arbitrio de la Nieve y Hielos, que se ocupa de recaudar los pertinentes impuestos para la Corona. Desde aquí, el hielo se distribuirá a la corte y a los puestos de venta en la ciudad, limpios de polvo y paja, como es de obligación, para que, a los madrileños, en plena canícula, no les falte su elixir más refrescante.*

¡Qué de prisa pasan los minutos! Recorro arriba y abajo el ventisquero, añoro esa foto imposible que concilia un presente, que se degrada, y un pasado, que se ignora. Repaso con la mirada vistas únicas y privilegiadas que, seguramente, aquellos viejos y rudos arrieros no tuvieron, seguramente, ni tiempo de disfrutar. No todo tiempo pasado tuvo que ser mejor. Los ventisqueros del Algodón y del Ratón se abandonaron hacia 1788, cuando se abrió el paso de Navacerrada, en tiempos de Carlos IV. Fueron rápidamente reemplazados por otros de más fácil acceso y aún más productivos, como el ventisquero de la Condesa, fácilmente visible desde muchos puntos de la villa de Madrid, justo al pie del Alto de las Guarramillas, nuestra querida e icónica Bola del Mundo.

De regreso al puerto de la Morcuera, tomo un buen trago de agua fría de la fuente dedicada a Manuel Bartolomé Cossío, alumno aventajado de Francisco Giner de los Ríos. Dos pioneros, apasionados de la enseñanza y la pedagogía, que abrieron a las gentes de su época los ojos a Guadarrama. Su legado aún pervive. Continuémoslo.